

Juan Crisóstomo

SOBRE LA ORACIÓN

Discurso II

I

Por dos razones conviene que admiremos a los siervos de Dios y los reputemos felices: porque pusieron la esperanza de su salvación en las santas oraciones, y porque conservando por escrito los himnos y adoraciones que con temor y gozo tributaron a Dios, nos transmitieron también a nosotros su tesoro, para poder arrastrar a su imitación a la posteridad. Porque es natural que pasen a los discípulos las costumbres de los maestros, y que los discípulos de los profetas brillen como imitadores de su justicia, de suerte que en todo tiempo meditemos, roguemos, adoremos a Dios, y ésta tengamos por nuestra vida, ésta por nuestra salud y alegría; éste por el colmo y término de todos nuestros bienes, el rogar a Dios con el alma pura e incontaminada. Porque como a los cuerpos da luz el sol, así al alma la oración. Si, pues, para un ciego es grave daño el no ver el sol, ¿qué tal daño será para un cristiano el no orar constantemente, e introducir en el alma por la oración la lumbre de Cristo? ¿Y quién hay que no se espante y admire del amor que Dios manifiesta a los hombres cuando liberalmente les concede tan grande honor, que no se desdeña de escuchar sus preces y trabar con ellos conversación amigable? Pues no con otro, sino con el mismo Dios hablamos en el tiempo de la oración, por medio de la cual nos unimos con los ángeles y nos separamos inmensamente de lo que hay en nosotros común con los brutos irracionales. Que de ángeles es propia la oración, y aun sobrepuja a su dignidad, puesto que mejor que la dignidad angélica es el hablar con Dios; y que, como digo, sea mejor, ellos mismos nos lo enseñan, al ofrecerles las súplicas con grande temor, haciéndonos ver y aprender de este modo que es razón que cuantos se acercan a Dios lo hagan con gozo sí, pero también con temor; con temor, temblando no seamos indignos de la oración, y llenos al mismo tiempo de gozo por la grandeza del honor recibido: pues de tan extraña y singular providencia se reputa digno el género humano, que podemos gozar continuamente de la

conversación con Dios, por medio de la cual hasta dejamos de ser mortales y caducos, mientras por una parte permanecemos mortales por naturaleza, y por otra con la conversación con Dios nos trasladamos a una vida inmortal.

II

En efecto, es necesario que el que conversa con Dios llegue a ser superior a la muerte y a toda corrupción; y como es absolutamente preciso que quien goza de los rayos del sol esté alejado de las tinieblas, así es absolutamente necesario que quien disfruta del trato divino no sea ya mortal, porque la misma grandeza del honor le traspasa a la inmortalidad; pues si es imposible que los que hablan con el rey y son de él estimados sean pobres, muchísimo más lo es que los que ruegan a Dios y le hablan tenga almas expuestas a la muerte; pues la muerte de las almas es la impiedad y la vida sin ley; como al contrario, su vida es el servicio de Dios, y el modo de obrar conforma a él; y la vida santa y conforme al servicio de Dios, claro es que la oración la produce y maravillosamente la guarda como un tesoro en nuestras almas; porque sea que uno ame la virginidad; sea que se esfuerce por guardar la moderación propia del matrimonio, o por superar la ira, o por familiarizarse con la mansedumbre, o por vencer la envidia, o por cumplir cualquiera otro deber, teniendo por guía a la oración que le vaya allanando la senda del modo de vivir que haya escogido, hallará expedita y fácil la carrera de la piedad. No es posible, no, que los que piden a Dios el donde la templanza, de la justicia, de la mansedumbre, de la benignidad, no consigan su súplica; porque *pedid*, dice, *y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá; porque todo el que pide recibe, y el que busca alla, y al que llama a la puerta se le abrirá* (Mt. 7, 7); y en otra parte de nuevo: *¿Quién de vosotros hay, dice, que si su hijo le pide pan le dé una piedra? ¿o si le pide un pez le de una serpiente? Pues si vosotros siendo malos, sabéis dar a vuestros hijos dones buenos, ¿cuánto más vuestro Padres celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo piden?* (Lc. 11, 11-13).

Con tales palabras y esperanzas nos exhortó a la oración el Señor de todo lo criado; y a nosotros nos conviene vivir siempre obedientes a Dios, ofreciéndole himnos de alabanza y oraciones con mayor cuidado del culto divino que de nuestra propia alma; porque así podremos vivir siempre una vida digna de hombres; que el que no ruega a

Dios, ni ansía constantemente gozar de la divina conversación, está muerto y sin alma, y no tiene del todo sano el seso; porque esta misma es ya la mayor señal de insensatez, el no conocer la grandeza de este honor, ni amar la oración, ni tener por muerte del alma el no postrarse delante de Dios. Pues claro está, que así como este nuestro cuerpo, cuando le falta el alma, queda muerto y fétido, así cuando el alma no se mueve a si misma a la oración, muerta está ya, y miserable, y fétida. Y que se deba tener por más acerbo que cualquiera muerte el verse privado de la oración, hermosamente nos lo enseña el gran Profeta Daniel, al elegir antes la muerte, que estar por tres solos días privado de la oración; pues no le mandó el rey de los persas cometer ninguna impiedad, sino quiso ver tan sólo si en el espacio de tres (*treinta*) días se hallaba alguno que pidiese nada a ninguno de los dioses, si no era al mismo rey (Dan. 4). Porque si Dios no se inclina hacia nosotros, ningún bien descenderá a nuestras almas; pero el inclinarse Dios a nosotros maravillosamente alivia nuestros trabajos, si nos ve amar la oración y rogar constantemente a su Majestad, y tener puesta nuestra esperanza en que de allí han de descender a nosotros todos los bienes.

III

Por esto, cuando veo a alguno que no ama la oración, y que no siente hacia ella un afecto encendido y vehemente, ya para mí es cosa manifiesta, que el tal no abriga en su alma nada de grande y generoso; pero cuando veo a uno que no se harta de dar culto a Dios, y juzga el no orar continuamente por el mayor de los daños, conjeturo que el tal es un fiel y firme practicante de todas las virtudes, y templo de Dios. Porque si el vestido del hombre, y el caminar de sus pies, y la risa de sus dientes dicen ya quién es, según el sabio Salomón (Ecle. 19, 29), mucho más la oración y culto de Dios es señal de toda justicia, siendo, como es, una vestidura espiritual y divina, que presta a nuestras mentes mucha hermosura y belleza, modera la vida de cada uno, no permite que nada malo ni impertinente se apodere del alma y nos persuade que reverenciamos a Dios y estimemos el honor que nos concede, nos enseña a arrojar lejos de nosotros todas las seducciones del malvado (enemigo), desecha todos los pensamientos torpes y necios, y hace a nuestras almas despreciadoras del deleite. Porque éste es el único orgullo que conviene a los adoradores de Cristo, el no ser

esclavos de nada torpe, sino conservar el ánimo en libertad y vida inmaculada. Y que sin oración sea imposible pasar y terminar virtuosamente la vida, creo verdad a todos manifiesta.

IV

Porque ¿cómo habrá de ejercitar la virtud, no acudiendo y rindiendo adoración constantemente al suministrador y dador de ella? Y ¿cómo habrá de desear uno ser templado y justo, no conversando dulcemente con el que de nosotros pide esto y mucho más? Y ahora quiero brevemente demostraros que, aunque al orar estemos llenos de pecados, la oración nos limpiará de ellos en breve. Porque, ¿qué cosa puede haber o mayor o más divina que la oración, que no parece sino un como contraveneno para los que tienen el alma enferma? Los ninivitas son los primeros que se nos presentan absueltos, por medio de la oración, de muchos pecados contra Dios; porque una misma cosa fue apoderarse de ellos la oración, y hacerles justos, y corregir al punto la ciudad hecha ya a la liviandad, y a la maldad, y a la vida sin freno, venciendo la antigua costumbre, llenando a la ciudad de leyes celestiales, y llevando consigo la templanza, y la caridad y la mansedumbre, y el cuidado de los pobres; porque no sufre habitar en las almas sin estas virtudes; antes cualquier alma en que reside la llena de toda justicia, adiestrándola para la virtud, y expulsando de ella la maldad. Y cierto, que si entonces hubiera entrado en la ciudad de Nínive alguno que la conociera bien de antes, no la reconocería: tan repentino fue el salto que dio del vicio a la virtud.

Así como a una mujer pobre y vilmente vestida no la reconocería uno si la viera después adornada con vestidura de oro, así, quien viera primero aquella ciudad mendigando y vacía de tesoros espirituales, la desconocería por completo, después que de tal suerte la logró transformar la oración, dirigiendo a la virtud sus costumbre y vida viciosa.

Hubo asimismo una mujer que, habiendo empleado todo el tiempo en la intemperancia y lascivia, apenas se postró a los pies de Cristo cuando alcanzó la salvación (Lc. 7, 37).

Fuera de esto, no solamente limpia la oración el alma de pecados, sino que además aleja de muchos peligros. Así es que aquel rey y al mismo tiempo profeta admirable David ahuyentó con la oración muchas y temibles guerras, poniendo este sólo resguardo para el ejército, y logrando de este modo para sus soldados juntamente la paz y la victoria.

Así como otros reyes suelen poner la esperanza de su salvación en la pericia de los militantes, en el arte de la guerra, en los saeteros, en los soldados de a pie y de a caballo; así el admirable David rodeó a su ejército por toda defensa con la muralla de la oración, ni reparaba en el valor de los generales, tribunos y centuriones; antes sin recoger dinero, sin preparar armas, lograba con la oración las armas del cielo. Porque verdaderamente es armadura celestial la oración que se derrama delante de Dios, y es la única que defiende por completo a los que se ponen en sus divinas manos. Puesto que la robustez y la destreza en sorprender al enemigo muchas veces quedan fallidas y frustradas, o por los lances de la guerra, o por la seguridad de los adversarios, o por otras muchas causas; pero la oración es armadura inexpugnable y segurísima, y nunca hace traición, y tan fácilmente rechaza a un enemigo como a innumerables millares. Y en efecto, el admirable David, de quien acabamos de hablar, cuando se lanzó sobre él, como un formidable demonio, aquel gigante Goliat (1 Re, 7), le derribó, no con armas y espadas, sino con oraciones; tan poderosa arma es la oración para los reyes en las batallas, contra los enemigos. Pues bien; el mismo poder tiene esta arma para nosotros contra los demonios.

Así mismo el rey Ezequías triunfó en la guerra de los Persas, no ciertamente armando al ejército, sino oponiendo solamente la oración a la muchedumbre de sus enemigos. Así también evitó la muerte postrándose ante Dios con la debida reverencia; y sólo la oración concedió al rey la gracia de la vida.

Y que al alma pecadora fácilmente purifica la oración, nos lo demuestra el publicano que pidió a Dios la remisión de sus culpas y la consiguió; nos lo demuestra el leproso, que apenas se postró ante Dios, cuando quedó limpio; que si Dios curó al punto al que tenía corrupción en su cuerpo. ¿cuánto más benignamente dará la salud a una alma enferma? porque cuanto el alma es más de estimar que el cuerpo, tanto es más conforme que Dios muestre mayor cuidado de ella. Mil otras cosas se pudieran decir, tanto de las historias antiguas como modernas, si se pretendiera enumerar a todos los que por la oración han sido salvos.

V

Pero quizás alguno de los más perezosos y de los que no quieren orar con cuidado y empeño, se persuadirá que Dios dijo también

aquellas palabras: *No todo el que dice Señor, Señor entrará en el reino de los cielos, sino el que hiciere la voluntad de mi Padre que está en los cielos* (Mt. 7, 21). Ciertamente, si yo juzgara que la oración por sí sola basta para nuestra salvación, con razón podría alguno hacer uso contra mí de esas palabras; pero diciendo, como digo, que la oración es como la cabeza de todos los bienes, y fundamento y raíz de una vida provechosa, nadie por pretexto de su pereza se defiende con semejantes palabras; porque no sólo la temperancia puede salvarnos sin los otros bienes, ni el cuidado de los pobres, ni la bondad, ni cosa alguna de las que se pueden desear, sino que conviene que todas juntas entren en nuestras almas; pero la oración está debajo de todas como raíz y base; y así como a una nave y a una casa las partes que están debajo las consolidan y sostienen, de la misma manera las oraciones fortalecen nuestra vida, y sin ellas nada habría en nosotros de bueno y saludable.

VI

Por esto San Pablo nos urge constantemente, exhortándonos y diciéndonos: *Perseverad en la oración, velando en ella en acción de gracias* (Col. 7); y en otro lugar: *Orad sin intermisión dando gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios* (1 Tes. 5, 17, 18). Y en otra parte de nuevo: *Orad en toda ocasión en espíritu, velando en él con toda perseverancia y súplicas* (Ef. 6, 18). Con tantas y tan divinas voces nos exhortaba a la oración continuamente aquel caudillo de los apóstoles.

Conviene, pues, que amaestrados por él pasemos la vida en oración, y demos continuamente este riego a nuestras almas, pues no menos necesitamos de la oración los hombres que de agua los árboles; porque ni estos pueden producir sus frutos si no beben por las raíces, ni nosotros podremos dar los preciosísimos frutos de la piedad, si no recibimos el riego de la oración. Conviene, pues, que al levantarnos del lecho nos adelantemos siempre al sol en dar culto a Dios, y que al sentarnos a la mesa y al irnos a acostar, y mejor todavía cada hora, ofrezcamos a Dios una oración, y corramos de esta manera la misma carrera que el día; y que en tiempo de invierno empleemos la mayor parte de la noche en oraciones, y doblando las rodillas, con gran temor instemos en la oración, y nos juzguemos felices en dar culto a Dios.

Díme: ¿cómo verás al sol, sin adorar al que envía a tus ojos su dulcísima lumbre? ¿Cómo disfrutarás de la mesa, sin adorar al que te da y regala tantos bienes? ¿Con qué esperanza llegarás al tiempo de la noche? ¿Con qué sueños piensas ocuparte, no amurallándote con la oración, y yendo a dormir desprevenido? Despreciable y fácil presa parecerás a los demonios que andan siempre alrededor acechando una ocasión en nuestro daño, y mirando a quien podrán hallar privado de la oración, para en seguida arrebatarte.

Pero si nos viere defendidos con oraciones, huyen al punto, como los ladrones y malvados cuando ven pender sobre sus cabezas la espada del soldado; pero quien se encuentra desnudo de la oración, arrebatado por los demonios, es arrastrado y empujado a los pecados y calamidades y todo mal. Conviene, pues, que nosotros, temerosos de tan grave daño, siempre nos defendamos con himnos y oraciones, para que compadecido Dios de todos, nos haga dignos del reino de los cielos por su Hijo Unigénito.

Editado por Manuel Arnaldos, ed. EJC, Molina de Segura 2025
ver más autores y libros aquí

Act: 01/09/2025 @escritores de iglesia +ENCICLOPEDIA MERCABA, MURCIA